

LIBROS

MARIA J. STEPHAN (ed.) (2009). *Civilian Jihad: Nonviolent Struggle, Democratization and Governance in the Middle East*. Nueva York: Palgrave MacMillan, 344 págs.

Hasta el momento los movimientos que preconizan la no violencia en el mundo araboislámico no han suscitado excesiva atención en el mundo académico anglosajón. Al considerar a los países árabes e islámicos como un terreno en el que nunca podría germinar la semilla de la democracia, los académicos occidentales han tendido a infravalorar a quienes, en el curso de las últimas décadas, vienen abogando por la resistencia civil como un instrumento adecuado para combatir a los regímenes autocráticos. Probablemente la situación cambie a partir de ahora, debido a que las revoluciones populares árabes han mostrado su capacidad para derribar a Gobiernos autoritarios como el tunecino o el egipcio cuestionando el paradigma de la «excepción árabe».

Al contrario de lo que podría pensarse, el hecho de que las movilizaciones árabes hayan puesto fin a las dictaduras de Ben Ali o Mubarak no implica que las tesis defendidas por Maria J. Stephan en su libro *Civilian Jihad: Nonviolent Struggle, Democratization and Governance in the Middle East* hayan quedado desfasadas. Más bien todo lo contrario, puesto que si algo demuestran los participantes en esta obra coral es precisamente su capacidad para anticipar las profundas transformaciones que, en el curso de los últimos meses, ha experimentado el mundo árabe. Pese a que la mayor parte de los 19 capítulos que componen el libro se centran en acontecimientos registrados en el último medio siglo, a lo largo de la obra subyace la idea de que la resistencia civil y el activismo no violento podrían contribuir a asentar la democracia y el buen gobierno en el caso de darse las condiciones adecuadas, tal y como ahora parece ocurrir.

La editora de este sugerente y oportuno libro es Maria J. Stephan, profesora de la School of Foreign Service de la American University de Washington D. C. En la introducción, la profesora Stephan afirma que, a lo largo de la historia, «grupos en todo el mundo han adoptado la resistencia civil con un multitud de propósitos: resistir al colonialismo; enfrentarse a una invasión u ocupación extranjeras; contestar elecciones amañadas, dictaduras o Gobiernos militares; lograr derechos para las minorías o erradicar la discriminación institucional». Precisamente porque el mundo araboislámico se suele percibir como presidido por el conflicto y la violencia, es pertinente subrayar que sus poblaciones «han luchado durante décadas por los derechos, las libertades, la autodeterminación y la democracia sin emplear la violencia». El libro pretende, por lo tanto, poner el foco sobre aquellas fuerzas que intentan impulsar la democratización y el buen gobierno, cuya labor es escasamente conocida en Occidente.

El escenario que Stephan dibuja no nos es completamente ajeno, puesto que el estallido de ira popular que se ha ido contagiando a buena parte de los países árabes tras la caída de los regímenes tunecino y egipcio ha servido para visualizar a los actores de la sociedad civil y para sacarlos del anonimato. En la misma introducción afirma que «la paciencia de la población ante la situación imperante se está agotando»: «los jóvenes sin trabajo y sin voz en la política están demandando con intensidad nuevas y radicalmente distintas formas de gobierno basadas en la voluntad popular». Por eso, el papel de la juventud, la mujer y los movimientos nacionalistas e islamistas moderados constituyen el eje de reflexión del volumen.

Uno de los recelos de quien lee el libro es que la labor de la autora en la Oficina del Coordinador para la Reconstrucción y la Estabilización del Departamento de Estado estadounidense pudiera llevarle a asumir una actitud condescendiente y contemporizadora con la política exterior de los Estados Unidos. Las dudas iniciales se disipan rápidamente cuando Maria J. Stephan denuncia el doble rasero de la Casa Blanca en función de si se trata de regímenes amigos o enemigos. De hecho algunos de los capítulos, por ejemplo los dedicados a la resistencia civil en los territorios ocupados palestinos, a la Revolución Islámica iraní o a la política libanesa de Hezbollah rebasan claramente la línea de lo políticamente correcto para el *establishment* estadounidense.

El libro se estructura en dos partes. La primera, dedicada a cuestiones teóricas y prácticas, abarca un tercio de la obra. El primer capítulo corresponde a Hardy Merriman, que analiza el concepto de resistencia civil y ofrece un repaso detallado de cómo actúan los movimientos no violentos. Para este responsable del International Center on Nonviolent Conflict, la resistencia civil «es por definición no violenta y tiene lugar fuera del contexto de comportamiento político, económico o social habitual». La movilización de la sociedad civil puede provocar un cambio por medio de una serie de procesos que van desde la conversión, la acomodación, la coerción o la desintegración de los poderes. Ralph E. Crown y Philip Grant sopesan, por su parte, los argumentos a favor y en contra del empleo de la lucha política no violenta en Oriente Medio, llegando a la conclusión de que es poco probable que una movilización civil llegue a provocar la caída de los regímenes árabes. En su defensa cabe decir que este capítulo fue redactado dos décadas atrás y pertenece al libro *Arab Nonviolent Political Struggle in the Middle East*, publicado en 1990.

Uno de los artículos más interesantes de la primera parte, si no de toda la obra, es el que corresponde a Asef Bayat, profesor de la Universidad de Leiden y autor de *Making Islam Democratic: Social Movements and the Post-Islamist Turn* (2007). Bayat intenta rebatir la idea de que existe una «excepción árabe» que hace a los países islámicos inmunes a la democracia. Denuncia, al mismo tiempo, a quienes hacen una lectura literalista de los textos sagrados islámicos, ya sea desde una óptica orientalista o desde un prisma ultraortodoxo, y consideran que conceptos como el de ciudadanía, libertad y tolerancia no tienen cabida en el mundo árabe. En su opinión, «no hay nada intrínseco en el islam, o en cualquier otra religión, que la haga inherentemente democrática o no democrática, pacífica o violenta». Para Ba-

yat, hemos superado la época del islamismo para adentrarnos en una etapa postislamista que se caracteriza por «un esfuerzo para casar religiosidad y derechos, fe y libertad, islam y libertad» y por «un énfasis en los derechos más que en los deberes, en el pluralismo más que en el autoritarismo, en la historicidad más que en el literalismo, en la ambigüedad más que en la certidumbre y en el futuro más que en el pasado». En definitiva, un intento de casar el islam con la libertad, la democracia y la modernidad.

El artículo de Shadi Hamid, director de investigación del Project on Middle East Democracy, profundiza en esta misma línea ofreciéndonos un amplio repertorio de casos en los que los movimientos islamistas, entre ellos los Hermanos Musulmanes egipcios, el Frente de Acción Islámica jordano o el Partido Justicia y Caridad marroquí, optan por la no violencia para defender su proyecto político. El autor considera que dichos grupos «han adoptado la decisión estratégica, o lo que algunos tachan de decisión meramente táctica, de emplear únicamente métodos no violentos para impulsar sus intereses políticos», a cambio de lo cual han sido integrados, aunque de manera imperfecta, en el juego político pudiendo formar partidos, tomar parte en las elecciones y ser reconocidos como actores políticos legítimos. Esta experiencia no ha sido del todo positiva, puesto que su incorporación a la escena política ha permitido a los regímenes árabes estrechar su control sobre ellos. A pesar de que el régimen egipcio ha intensificado la persecución de los Hermanos Musulmanes, éstos no han modificado su estrategia, descartando una confrontación directa. Más bien al contrario, han acentuado su apuesta por el pragmatismo intentando aproximarse a Occidente por medio de su participación en seminarios, la publicación de su web en inglés o el intento de establecer una interlocución con diplomáticos extranjeros.

El periodista iraquí Khalid Kishtainy se centra en el humor como forma de resistencia civil. Cita al escritor egipcio Kamil al-Shinnawi, quien describió el humor como «un arma de destrucción masiva» contra los dirigentes árabes, para explicar que éste ha sido empleado como crítica social y desafío político en unos países donde no existe libertad de expresión. Además, enumera numerosos chistes procedentes de diversos países del Oriente Medio, pero sobre todo de Egipto, donde incluso existe, como el autor recuerda, una unidad especial de los servicios de inteligencia dedicada a hacer un seguimiento de los chistes políticos. Naser se llegó a referir al asunto ante el Parlamento al decir que podría ser un arma en favor de los enemigos de Egipto: «Conozco bien al pueblo egipcio. Es una nación con siete mil años de historia. Derrotaron y destruyeron a todos sus invasores, desde Qambiz a Napoleón... Es un pueblo al que le gusta reírse. Creo que es un privilegio, porque demuestra su capacidad de filosofar en torno a todo, pero debemos mantenernos alerta por si sus enemigos explotan esta circunstancia para conseguir sus propios objetivos».

Stephen Zunes y Saad Eddin Ibrahim, respectivamente profesor de la University of San Francisco y director del Ibn Khaldun Center for Development Studies, analizan el discurso prodemocrático estadounidense y sus contradicciones internas. La opinión pública árabe es reacia a los intentos de los Estados Unidos

de implantar la democracia desde fuera y consideran que son los propios pueblos árabes quienes deberían asumir el protagonismo en la lucha por sus libertades. Si a eso le sumamos una historia marcada por la desconfianza debido a las frecuentes injerencias de los Estados Unidos en los países árabes —que va desde la intervención en el Líbano en 1958 a la de Iraq en 2003— o el respaldo estadounidense a los regímenes dictatoriales, entonces puede entenderse mejor este escepticismo árabe en torno al supuesto compromiso de este país en torno a la democracia. Como constatan los autores, «las democracias occidentales no parecen estar dispuestas todavía a usar su influencia comercial, económica o tecnológica para presionar a los autócratas árabes para que abran sus sistemas políticos y empoderen a los movimientos prodemocráticos árabes, tal y como hicieron en su día en Europa del Este». Zunes e Ibrahim exponen una serie de medidas que podrían ayudar a fortalecer a los activistas árabes, entre ellas el acceso a las nuevas tecnologías, el reconocimiento internacional de sus actividades, la mediación para organizar encuentros entre miembros del Gobierno y las organizaciones de la sociedad civil o la presión para que se celebren elecciones libres y competitivas.

La segunda parte, la más voluminosa, se centra en estudios de caso y se divide, a su vez, en tres grandes bloques. El primero analiza varios casos, entre ellos la resistencia no violenta de los 13.000 drusos del Golán sirio ocupado en 1967 por Israel y su rechazo a los intentos de naturalización emprendidos por Tel Aviv. El artículo de R. Scott Kennedy es sumamente interesante, puesto que saca a la luz un caso escasamente conocido. Los sirios bajo la ocupación han adoptado diferentes iniciativas para resistir los intentos de anexión israelíes y defender la propiedad de sus tierras y sus recursos hídricos, entre ellas las huelgas, la quema colectiva de carnés de identidad o la creación de instituciones sanitarias y educativas alternativas. Salka Barka y Stephen Zunes se detienen en el caso del Sáhara y la emergencia de un nuevo liderazgo civil en los territorios ocupados (encabezado por Aminatu Haydar y Algaliya Djimi), lo que supone un reto no sólo para Marruecos sino también para el propio Frente Polisario, puesto que han establecido su propia agenda y actúan con plena autonomía organizando sentadas, movilizaciones, huelgas y campañas para exigir más libertades, pero también oportunidades laborales y mejoras económicas. La Intifada de 2005 y, más recientemente, el establecimiento del campamento de Agdaym Izik son una muestra de este nuevo activismo social no exento de contestación política.

El segundo bloque se centra en quienes combaten la tiranía doméstica y promueven las reformas democráticas, como el movimiento egipcio Kifaya y el *movimiento naranja* kuwaití. Sherif Mansour, de Freedom House, nos ofrece un interesante análisis en torno al surgimiento y declive de Kifaya, que encabezó la movilización popular contra el intento de Mubarak de perpetuarse en la presidencia, pero que también exigió una serie de demandas que están de plena actualidad tras la reciente revolución: derogación de las leyes de emergencia, enmienda de la Constitución y celebración de elecciones libres y competitivas. Mansour considera positiva la presión ejercida por la Administración de Bush para que se diera una primavera democrática entre los años 2004 y 2005, en el curso de la cual se per-

mitieron manifestaciones contra el régimen y se celebraron las elecciones menos amañadas de la reciente historia egipcia. Kifaya fue capaz de aglutinar en torno a su proyecto a diferentes sectores sociales (coptos, musulmanes, laicos e intelectuales) y a diversas sensibilidades políticas (desde los nacionalistas árabes hasta los islamistas, pasando por los liberales), sembrando la semilla del descontento y de la movilización popular, indispensables para entender lo ocurrido a principios de 2011. Además, fueron pioneros en el empleo de las nuevas tecnologías (Internet y, más concretamente, Facebook) o lanzando campañas de desobediencia civil para presionar al régimen egipcio a introducir reformas.

El tercer bloque, que se detiene en los movimientos que luchan por los derechos sociales y políticos, analiza varios casos, entre ellos el de la agenda civil de Hezbollah, el caso de las cuatro madres en Israel, la lucha contra la corrupción en Turquía o el movimiento feminista iraní. Quizás para contrarrestar un artículo sobre la libanesa Intifada de la Independencia incluida en el anterior bloque, Rola el-Husseini disecciona el discurso de Hezbollah estableciendo una clara diferencia entre su recurso a la resistencia armada para luchar contra la ocupación israelí y su apuesta por la resistencia civil para oponerse a las políticas gubernamentales. La primera es identificada por algunos de sus principales ideólogos, entre los que se cuentan Husein Fadlallah y Muhammad Mahdi Shams al-Din, como un yihad defensivo, la segunda es más bien un acto de *sumud* o de firmeza, una resistencia pasiva. Es así como se desarrolla el concepto de desobediencia no violenta en el periodo que sigue al establecimiento del Gobierno prooccidental de Fuad Siniora en 2006 apostándose por dos nuevas vías: *yihad al-lisan* (por medio de los discursos y las declaraciones en los medios de información próximos al partido) y *yihad al-qalam* (editoriales, pósters y panfletos que gozan de amplia difusión entre sus seguidores).

A pesar de la escasa originalidad de algunos de sus capítulos, *Civilian Jihad. Nonviolent Struggle, Democratization and Governance in the Middle East* es un libro no sólo aconsejable sino necesario para comprender en toda su profundidad las revoluciones populares árabes registradas en 2011. Otra cuestión es que el concepto de *yihad civil*, tomado del periodista satírico Khalid Khistainy (colaborador habitual del diario *al-Sharq al-Awsat*), probablemente no sea el más afortunado para una obra de estas características. Aunque tiene la virtud de cuestionar la imagen violenta del islam en la opinión pública occidental, quizás no sea el más adecuado para referirse a un fenómeno tan complejo y poliédrico como el de los movimientos no violentos en el mundo araboislámico.

Ignacio Álvarez-Ossorio Alvariño, Universidad de Alicante.